

DE BUENAS LETRAS

# Mariana

**JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC**  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**N**o es fácil, ni tan siquiera habitual, que los docentes conozcamos hasta dónde llega realmente nuestra labor con el alumnado. No sólo impartimos conocimientos, también inevitablemente educamos, es decir, transmitimos modos de conducta y pensamiento, que procuramos sean provechosos y lógicos, o al menos acertados. Pero no alcanzamos, en términos generales, a ver el auténtico calado de este trabajo.

Me explico. Un carpintero construye un bargeño y, al ver su obra acabada y perfecta, siente un lógico bienestar que lo refuerza en su profesión. Un médico comprueba que su paciente está sano, e incluso es felicitado por su diagnóstico y tratamiento. El docente, en cambio, entre la multitud de estudiantes que pasa por sus aulas, percibe mayoritariamente un frío desfile de aprobados y suspensos, cuando no la evolución de los alumnos en su nivel de conocimientos. Pocas veces advierte algo más. Y me refiero obviamente a esa aportación que está íntimamente ligada a la condición humana, que forma parte de la formación individual y con la cual debería culminar en su integridad el proceso pedagógi-

co. Aunque el profesor casi nunca detecta la contribución de su pequeñísimo grano de arena en este sentido, sí hay momentos en los que un destello (a través de un comentario, un gesto o un suceso) le va marcando el camino. Ocurre, a veces, lo contrario. Es el alumno quien enseña al docente, el que ofrece esa lección que enriquece de una manera imperceptible nuestra existencia. Y quizás sea este uno de los acontecimientos más regocijantes de la profesión. Sucede con más frecuencia de la que nos podemos imaginar. Lo que me hace pensar quién educa a quién, quién prepara y quién ilumina realmente.

Hace unas semanas asistí a la presentación de un libro, cuyo título es 'Yo no soy médico. Alimentación y hábitos saludables', escrito por Mariana del Carmen Fernández-Figares Jiménez. Este habría sido uno acto más de los tantos que frecuente, si no fuera porque la autora es una alumna de 4º de la E.S.O., matriculada en el I.E.S. Los Neveros (Huétor Vega) y ha logrado convertirse en la 'Coach de Salud' más joven de España, con certificación del Institute for Integrative Nutrition of New York. Cuando ya en casa hojé el ejemplar, admiré un texto perfectamente escrito

y elaborado, con una estructura cartesiana, documentado de forma prolija y plagado de notas que remiten a trabajos científicos en inglés y castellano.

Existe, no obstante, otro detalle que, a mi juicio, es lo más poderoso, lo que me adentra en esos rincones que hacen que germine la vida a nuestro alrededor. Y no me refiero a la honestidad del título ('Yo no soy médico'), en una época en la que abundan los personajes que saben mucho de todo y además lo pregonan, sino al hecho de que Mariana confiese sin pestañear que ella ha sido "superviviente de cáncer" y que la enfermedad le ha servido para iniciar una trayectoria enormemente enriquecedora. Aquí es donde se perfila la heroicidad, el coraje, la generosidad verdadera, y esa honradez, sin alharacas, que acrecienta la auténtica dimensión de la persona. Basta conocer a Mariana para saber que esto que escribo es absolutamente cierto. Lo he ido constatando desde que la conocí el año en que ingresó en 2º de la E.S.O. No puedo evitar acordarme de sus intervenciones en el aula, de sus aportaciones en los debates, y de cómo las caras de sus compañeros, al encontrarse con una persona de altas capacidades, pasaban de la extrañeza al afecto y admiración por descubrir a un ser afable, sencillo y transparente.

Esta es Mariana. La misma que aparece en la imagen de la contraportada de su libro. Está de pie y descalza en medio de una huerta, dándonos la espalda. Es verano y sostiene un cesto repleto de hierbas salutíferas. Ha vuelto la cabeza para mirar a la cámara y para decirnos que delante de sí le aguarda un futuro de cálidos verdores, que a buen seguro sabrá disfrutar con plenitud.